

cristiana hizo sin quererlo el pagano Cecilio, mas bien intentando denigrarla, al acusar á los cristianos *de consolarse de todos sus males con frívolas esperanzas* (1)!

Pasemos ya á las bienaventuranzas del Evangelio, las cuales aunque aplazan el premio y la dicha para despues de la vida, son sin embargo en este mundo un manantial inagotable de consuelos para el hombre recto y justo, aunque desvalido, perseguido y desgraciado.

CAPÍTULO III.

BIENAVENTURANZAS.

Muy distantes se hallaban los hombres en el Gentilismo (y tambien hoy por desgracia) de pensar que su felicidad y su dicha estuviese escondida precisamente en aquello mismo en que no veian mas que tormentos, aficciones, trabajos é infortunios; á saber, en las privaciones, en las persecuciones injustas, en el refrenamiento de las pasiones, en la huida del vicio y en la práctica de la virtud, y ningún filósofo hasta Jesucristo, como dice Lamourette (2), habia imaginado jamás un sistema de felicidad y de grandeza fundado en el desprecio de las riquezas y en la abnegacion de todos los placeres de las pasiones. Unas miras tan elevadas y tan extrañas á todos los intereses y juicios humanos no habian ocurrido nunca á persona alguna, y el autor del Cristianismo es el primer sábio que aparece en el mundo, diciendo: *Bienaventurados los pobres*, etc. Sí; bienaventurados los pobres, bienaventurados los humildes, bienaventurados los limpios de corazon, bienaventurados los injustamente perseguidos. Sí; bienaventurados y felices los que el mundo cree infelices y desgraciados; y bienaventurados no solamente en la eternidad sino tambien en el tiempo.

Vamos á verlo así aduciendo en paralelo, segun nuestro plan, la accion del Catolicismo, de la Reforma y de las sectas filosóficas.

(1) «*Illis pavorem fallax spes solatio redivivo blanditur.*» (Marc. Minuc. Felic. *Octavius*, cap. 8).

(2) *Delicias de la Religion*, cap. 8.

§ I.—PRIMERA BIENAVENTURANZA: *Bienaventurados los pobres de espíritu* (1).

Si se quiere entender por tales á los que voluntariamente se han constituido en la condicion del necesitado, ó á los que han depuesto y sofocado en su corazon todo afecto y apego á las riquezas, ya hemos probado en el capítulo *Pobreza*, hasta con la misma filosofia gentilica (2), que esta hartura de ánimo y esta completa exencion de deseos es precisamente la verdadera riqueza, la que hace la alegría, el contento y la dicha del hombre. En su virtud nos place, en obsequio tambien de la variedad, seguir la verdadera interpretacion, que es la que da san Agustin en el libro *De sermone Domini in morte*. «Por pobres de espíritu se entienden aquí acertadamente los que no tienen el espíritu hinchado (3).» Y san Jerónimo en el comentario del Evangelio de san Mateo (4).

Hoy mas que nunca alza su voz esta bienaventuranza profética que tan adecuadamente cuadra al espíritu del siglo. Ella habla directamente con esa Reforma turbulenta y ese Filosofismo impío, de los cuales, la primera no es otra cosa que el orgullo vuelto contra el hombre, y el segundo el orgullo vuelto contra Dios. Lo contradictorio de esta bienaventuranza es *desgraciados los ricos de espíritu*; y como el Filosofismo es precisamente la riqueza del espíritu, se deduce la consecuencia de *malaventurados los sofistas*; consecuencia que por no ser á ellos lisonjera no deja de ser lógica y verdaderísima.

Así como el pobre de espíritu y el humilde es feliz y dichoso tambien en esta vida, por el contrario esos sofistas espíritus fuertes, esos pretendidos sábios de la moda son completamente infelices y desgraciados, aun en la tierra. La pobreza de espíritu está basada en la humildad, y como la humildad es la mas grande virtud moral, por eso la remunera Dios con un doble premio; vice versa: la Reforma y el

(1) «*Beati pauperes spiritu.*» (*Matth.* v).

(2) Cicer. *in paradox.*

(3) «*Recte hic intelliguntur pauperes spiritu humiles et timentes Deum, quod est non habentes infantem spiritum.*» (*Lib.* I, c. 1, n. 3).

(4) «*Adjunxit (Christus) spiritu, ut humilitatem intelligeres non pecuniam.*» (*Lib.* I, cap. 5).

Filosofismo, ó la riqueza del espíritu está basada en el orgullo, y como el orgullo es el pecado mas enorme y pernicioso, el pecado mónstruo, por eso le castiga Dios con una doble pena. El sofista es incrédulo por su orgullo, y la incredulidad le fructifica las crueles angustias de la duda, precipitándole en aquellos tormentos y dolorosas contradicciones del pensamiento que duda, de la boca que niega, de la conciencia que afirma, y del corazón que teme, haciéndole infeliz; mientras que el pobre de espíritu, el humilde siendo creyente, por su humildad, descansa en la autoridad de otro, autoridad de cuya infalibilidad tiene las mas poderosas garantías; y así elude aquellas penosas inquietudes y las torturas de la incertidumbre, abismando por el contrario á su espíritu en una apacible calma y tranquilidad que acaban de completar su dicha.

Esa persuasión estúpida é insensata hoy tan generalizada de que la fortaleza de espíritu y la resistencia á creer están en razón directa de la instrucción y del talento, da por desgracia nueva vida á la incredulidad y al materialismo. No menos fatal es la idea que se abriga de que el carácter y la honradez son compatibles, y aun cualidades inherentes á estos sistemas impíos, y quizás no falte entre los sectarios quien les crea privilegios exclusivos. Oigan, pues, estos desdichados razonadores lo que les dice Pascal:

«Si pensarán con seriedad en ello, verían que se toma á mal (su sistema materialista é impío), que es contrario al buen sentido, tan opuesto á la honradez, y tan extraño á todas esas maneras de buen tono que buscan, que nada es mas capaz de atraerles el desprecio y aversión de los hombres y hacerles pasar por personas sin talento y sin juicio... Así los que no hacen mas que fingir esos sentimientos son bien desgraciados al forzar su natural para hacerse los mas impertinentes de los hombres... Abandonen, pues, esas impiedades á los que son bastante mal nacidos para ser verdaderamente capaces de todo esto: sean honrados al menos, si no pueden ser cristianos, y reconozcan por último que no hay mas que dos clases de personas á las que se puede llamar razonables; ó los que buscan á Dios de todo su corazón porque le conocen, ó los que le buscan de todo su corazón porque no le conocen todavía (1).»

(1) Pensamientos.

La fe, inseparable de la pobreza de espíritu, como que es hija suya, persuadiendo al hombre que en esta vida no puede afligirle mal alguno que no sea reparado, ninguna pérdida que no sea resarcida, ninguna privación que no sea remunerada, ningún sufrimiento que no sea indemnizado, ninguna injusticia que no sea vindicada, ninguna calumnia que no sea purgada, posee el pobre de espíritu en ella la panacea de todas las desgracias, miserias, calamidades y tiranías del mundo: hace que estando en medio de ellas, no le toquen, previniendo sus funestos efectos. Mas: le convierte en dulzura los dolores, en alegría la pena, y en dicha el infortunio (1). Por el contrario, los ricos de espíritu destituidos de fe, porque ella (prescindiendo de la gracia divina que puede hacerla brotar en todos los corazones) es un privilegio exclusivo del humilde, los ricos de espíritu, repetimos, privándose voluntariamente de tan eficaz medicina de las gracias y miserias de la vida, sufrirán terribles penas, angustias y tormentos (2).

§ II.—SEGUNDA BIENAVENTURANZA: *Bienaventurados los mansos* (3).

«Son mansos, dice san Agustín (4) recordando las palabras del Apóstol (5), los que sufren pacientemente la iniquidad, «y no resisten al mal, sino que le vencen con el bien.» Como nada pudiéramos discernir sobre esto que no hayamos emitido cuando hemos hablado de las virtudes de la humildad y de la paciencia, y emitirémos al hablar de la cuarta obra espiritual de misericordia *el perdón de las injurias*, nos limitaremos á hacer ver la paz y la dicha del que reprime los ímpetus de la ira, en que también consiste la mansedumbre.

Efectivamente: si en el estado primitivo del hombre la completa sofocación y sujeción del principio irascible habría contribuido á su omnimoda felicidad, es evidente que en el estado degenerado de hoy también felicitará al hombre la mansedumbre. Aparte de lo mucho que este se eleva y dig-

(1) «Convertisti planctum meum in gaudium mihi.»

(2) «Non est pax impiis.»

(3) «Beati mites.» (*Matth.* v).

(4) «Mites sunt qui cedunt improbitatibus, et non resistunt malo, sed vincunt in bono malum.»

(5) Rom. xii, 21.

nifica cuando domina y se hace superior á sus pasiones, el manso, el apacible, arrojando la ira de su corazon, destierro de él un ovario fecundo de inquietudes y tormentos, alejando de sí aquel volcan, aquel foco continuo de desazones, de irritaciones y de furias que tiene encendido dentro de su pecho el iracundo. «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis el reposo para vuestras almas,» dice Jesucristo (1).

Que se le desaire ó se le postergue, que se le desatienda ó se le contradiga, que se le ofenda ó se le injurie, el apacible y manso, firme é inmóvil como una roca, en su reposo y calma inaccesible, está libre de aquellos tirones y arrebatos que tanto atormentan á los iracundos y soberbios. Ni las tristes vicisitudes de la fortuna le arredran, ni la perversidad y desmanes de los hombres le irritan. Él es feliz por su mansedumbre, y tambien lo seria la sociedad si la mansedumbre se generalizara, porque es un elemento tan poderoso de paz y de orden, como la irritacion y la ira lo son de disturbios y de disolucion.

Pues bien: si la mansedumbre ó la represion de los ímpetus de la ira traen al hombre y á la sociedad todas estas ventajas y beneficios aun temporales, júzguese entre la mansedumbre predicada por Jesucristo y los Apóstoles, y la predicada por Lutero, Calvino y Muncer, así como la recomendada por Voltaire, Rousseau, Luis Blanch y Mazzini, y se verá de paso que la primera forma súbditos fieles y santos, la segunda súbditos conspiradores y revolucionarios, y la tercera súbditos regicidas.

§ III.—TERCERA BIENAVENTURANZA: *Bienaventurados los que lloran* (2).

En esta bienaventuranza son comprendidos, en primer lugar, los que lloran con verdadero arrepentimiento sus pecados y ofensas contra Dios (3). Ninguno de los verdaderos cristianos ignora el inmenso consuelo que el arrepentido recibía aun en esta vida de su compuncion y de sus lágrimas:

(1) Matth. XI, 29.

(2) «Beati qui lugent.» (Matth. v).

(3) «Luctus hic non mortuorum ponitur coramuni lege naturæ, sed peccatis et vitis mortuorum.» (S. Hier. *Comment. Evang. Matth.*, lib. I, cap. 5).

por manera que aun cuando transigiendo con los incrédulos les concediéramos que no habia ni Dios á quien ofender ni otra vida en que penar, no por eso seria menos consoladora esa bienaventuranza del Evangelio interpretada en este sentido. Pero hagamos abstraccion del pecado y de la ofensa divina, si nos es lícito; y supongamos, encerrándonos en este mundo con los incrédulos, que aquellas lágrimas son vertidas por las calamidades y desgracias temporales. Aun así veremos que estas lágrimas son tan consoladoras cuando son vertidas por la fe, como tristes y amargas cuando son derramadas por la incredulidad.

«El hombre, dice Plinio (1), es el único entre los mortales á quien la naturaleza echó desnudo sobre la tierra, abandonándole desde el mismo instante á los sollozos y lágrimas. Ninguno hay entre los vivientes que esté destinado á derramar tantas lágrimas, lágrimas que empiezan con su vida, «vida cuyos principios son los suplicios, siendo todo su crimen el haber nacido.» Efectivamente, el no saber el hombre al nacer mas que llorar, sin que le valga el ser príncipe (2), el no enseñarle entonces otra cosa la naturaleza, hartó bien indica por desgracia que viene á un mundo de miserias, trabajos y calamidades donde le espera el combate, y que su destino aquí es el padecer y sufrir hasta la muerte (3). Por eso en Tracia al nacimiento de un niño acompañaba el llanto de sus parientes (4); «acto tan tierno como filosófico (5).»

Pero ¡desgraciado del hombre que ayude á la naturaleza y al pecado á hacer llorar al hombre! ¡Ah! si se tuviera una idea mas exacta y mas fija de lo lamentable de la condicion humana, disminuirían esos hombres desapiadados, esos hombres enemigos del hombre, esos monstruos en forma humana, cuya mision en este mundo no parece ser otra que recrudecer y exasperar los tormentos, las penalidades y los dolores de sus semejantes. Sin embargo, por un suceso admirable, el hombre llora porque padece, y luego se alivia porque llora, de manera que el efecto del dolor se convierte en causa de la alegría.

(1) *Historia natural*, lib. VII, proemio.

(2) «Primam vocem similem omnibus emisit plorans.» (Sap. VII, 3).

(3) «Solá mors est requies viro.» (S. Ambr. *De dono mortis*, lib. I, cap. 3).

(4) Herodoto, lib. V.

(5) Chateaubriand, *Ensayo*.

Pero ¡ah! si las lágrimas consuelan es por la fe; será que el consuelo es inspirado por la esperanza, y la esperanza es el edificio de amparo y de refugio que únicamente en el solar de la fe puede levantarse. Por eso las lágrimas del incrédulo que nada creyendo nada espera, han de ser necesariamente tan desconsoladoras y amargas, como suaves y dulces las del creyente; por eso las lágrimas del incrédulo, triste excepción de aquella grandiosa maravilla, serán siempre efectos de la aflicción y del dolor y causa luego de nuevas aflicciones y dolores. Que una persona sea verdaderamente cristiana y será feliz, aunque accediendo á las exigencias de la flaca naturaleza y pagándole su tributo vierta lágrimas abundantes y frecuentes. ¡Ah! si el gentil y el incrédulo que yacen en la infelicidad y en la desgracia columbrasen los inmensos consuelos encerrados en la doctrina de esta bienaventuranza y en las de todo el Cristianismo, abrazarían con ansia una religión que sola ella, y nada mas que ella, posee las medicinas de sus infortunios, calma sus dolores, y responde á sus lamentos! Mientras que el hombre afligido y desgraciado no se replegue al Evangelio y se abraza con la cruz, no espere sino un porvenir sombrío y horroroso. Ningun alivio, ningun consuelo, ninguna esperanza... la pena solamente y la desesperación le acompañarán hasta el sepulcro.

Las lágrimas del incrédulo son acibaradas por la funesta persuasión en que está de que nunca serán ni vengadas ni resarcidas; mientras que las del verdadero creyente las dulcifica la firmísima esperanza que abraza de que llegará un día en que una justicia rigurosa las vengue, y en que una gran misericordia las remunere é indemnice con usura (1). Si los incrédulos supieran lo que aun en el orden temporal pierden con serlo, abandonarían al momento la incredulidad asiéndose fuertemente á la fe, á no ser que fuesen tan insensatos y tan enemigos de su dignidad, de su bienestar y de su dicha, como rebeldes á la divina palabra, lo que sería el colmo de la estupidez y de la degradación. «Nada descubre mas, dice acertadamente Pascal (2), esa «extraña debilidad de entendimiento (la duda, el excep-

(1) «Perpetua sibi gaudia exiguis fletibus emit, parvisque momentis «tempora acquirit æterna.» (S. Ambr. *De viduis*, lib. I, cap. 6).

(2) *Pensamientos*.

«ticismo, la incredulidad) que *el no conocer* cuál es la des-
«gracia de un hombre sin Dios.» Sin embargo, como el alma *es naturalmente cristiana* (1), especialmente el alma atribulada, esos mismos incrédulos en sus grandes calamidades alzan instintivamente su vista al cielo, donde presienten que se halla el lenitivo de su dolor, y hé aquí que se ven forzados á conceder al infortunio lo mismo que niegan á la palabra de Dios. ¡Insensatos!

Y ¿qué tiene que replicar á esto ese Filosofismo moderno? ¿Podrá indicarnos el lugar donde ha colocado las consolaciones para aquellos de sus prosélitos (debiéramos decir todos) que son infelices y desgraciados? ¡Ah! él no les ha presentado mas que tres medios terribles de consuelo y de descanso... el veneno, la cuerda y el puñal. Y ¿podrán sincerarse los sofistas de ser atentadores crueles contra el solaz que es debido al infortunio, y enemigos declarados de la humanidad?

§ IV.—CUARTA BIENAVENTURANZA: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia* (2).

Con efecto; los que anhelan y aspiran á la justicia interior, ó á la santidad como escala para subir á la eterna gloria, que es de lo que habla esta bienaventuranza (3), han de hacerlo por el camino de la virtud, y la práctica de la virtud es lo único que hace y puede hacer felices y bienaventurados á los hombres en este mundo y en el otro. El Filosofismo impío de la moda arrancando de su base la verdadera filosofía, trastornando los criterios de la verdad y la conciencia pública, sustituyendo la realidad de las cosas con los variados sueños de la preocupación, ha realizado una revolución tal en el campo del pensamiento y de la idea (como en todo), que al lado de la conciencia pública cristiana ha formado otra anticristiana y errónea, ante quien las prácticas religiosas son supersticiones, la devoción hipocresía, las máximas piadosas cuentos y supercherías, la fe

(1) «¡Oh! Testimonium animæ naturaliter christianæ...!» (Tertuliano, *Apolog.*).

(2) «Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam.» (*Matth.* v)

(3) «Jam istos amatores dicit veri et inconcusi boni.» (S. Aug. *ibid.* cap. 2, num. 6).

ignorancia, y la virtud fanatismo. Aun en medio de las naciones católicas hay huestes innumerables de estos sofistas hijos naturales de Bayle, Espinosa, Voltaire y Rousseau que manchan el Evangelio y la filosofía, ejército engrosado de cuantos hombres hay pervertidos, sin principio, sin religion, sin educacion, sin carácter y sin dignidad, predicadores de ese desventurado Filosofismo moderno, perfecta paródia del Paganismo antiguo, que, merced á la prensa, ha inficionado toda la Europa, los cuales se rien, haciendo pública mofa y escarnio de todo lo mas augusto, sagrado y santo. Esto no es de hoy. San Clemente I, papa, atestigua que ya en sus dias sucedia lo mismo (1). Los bribones y necios de todos tiempos se parecen.

Estos sábios de la moda que pretenden vendernos su infamia por ciencia, y que quieren cohonestar sus vicios con el pretexto de progreso y de ilustracion, se burlan, mirándolas como con lástima por cima de los hombros de todas las personas virtuosas y timoratas, á quienes conceptúan cohibidas, esclavizadas y víctimas infelices de lo que ellos llaman supersticion y fanatismo (2). Pero nosotros decimos á estos desventurados tan sábios y despreocupados en apariencia, como ignorantes y prevenidos en realidad, que estas personas virtuosas y timoratas, de que al menos los principios de sociabilidad y de educacion dictan no burlarse, son tan dichosos y felices aun en esta vida por sus privaciones y por sus virtudes (3), como esclavos y desdichados ellos por sus demasías y por sus vicios, resultando ser ellos los dignos de mofa é irrision; sin embargo, los *beatos*, los *supersticiosos*, los *fanáticos*, como apellidan á los virtuosos, son mas nobles y generosos que sus detractores, y en vez de escarnecerlos les tienen lástima y compasion, porque si á ellos les inspira su filosofía el aborrecimiento y el desprecio, á los verdaderos cristianos inspira su Religion el perdón, la clemencia y el amor.

Es una verdad, y una verdad triste y lamentable para estos desgraciados, que si hablan y piensan así es, como

(1) «Stulti, et fatui, et insipientes, et imperiti derident nos ac subannant.» (I Cor. XLIX). «Aliquando habuimus in derisum et in similitudinem improperii.» (Sap. III).

(2) «Visi sunt oculis insipientium mori.» (Ibid. v).

(3) «Illi autem sunt in pace.» (Ibid.).

ya hemos advertido, porque no han tenido jamás la dicha de saborear las dulzuras de la virtud; si las hubieran gustado, de seguro que estimarian una religion que las inspira. «El que aborrece nuestra Religion, decia oportunamente Tertuliano en su excelente *Apología*, jamás ha tenido amor sincero á la virtud; por eso el primer perseguidor de la fe ha sido el mas vicioso de los tiranos. Y por el odio que la tuvo Neron puede juzgarse de su excelencia, porque todo el que sepa lo que fue este hombre, conoce que no podia menos de ser muy bueno lo condenado por él (1).» ¡Bello pensamiento!

Cristianos aspirantes á la santidad y á la perfeccion, no hagais caso de las impías vociferaciones y degradantes doctrinas de esos sofistas, pernicioso plaga para la sociedad religiosa lo mismo que para la sociedad civil. ¡Ay! que ya han inoculado tanto su mortífero veneno, han minado ya tanto la moralidad, que hoy se ven muchos virtuosos tibios y cobardes ruborizarse en público de su virtud. Mientras mas atacada y escarnecida la veais, amadla más, deseadla mas. Continúad firmes é impávidos por la senda de la justicia. Si á los ojos del mundo vuestra devocion es estupidez, bien; si vuestras privaciones y mortificaciones son fanatismo y esclavitud, que lo sean; si vuestra honradez y vuestra virtud es hipocresía, no importa; si vuestro retiro y recogimiento es ridiculez y misantropía, es igual. Las mismas acusaciones nos dicen Tertuliano y demás apologistas de Occidente y de Oriente en sus elocuentes escritos, que los gentiles dirigian en su tiempo á los cristianos. Nada tiene de extraña esta identidad de dicterios calumniosos entre hombres que al fin y al cabo todos son igualmente verdaderos paganos. Digan, pues, lo que quieran, en el entre tanto ni el mundo con sus partidarios, ni el Filosofismo con sus apóstoles, ni el impío con su sarcástica sonrisa os podrán arrebatara la dicha que en vuestra virtuosa vida saboreais en la tierra ni la que os espera en el cielo.

Y nosotros decimos por otra parte á esos torpes ignoran-

(1) «Consulte commentarios vestros: illic reperietis primum Neronem in hanc sectam cum maxime Romæ orientem Cæsariano gladio ferocisse. Sed tali dedicatore damnationis nostræ etiam gloriamur. Qui enim scit illum intelligere potest non nisi grande aliquod bonum à Nerone damnatum.» (Apolog. cap. 5).